

CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR [230]

Meditación

INTRODUCCIÓN

Estimados ejercitantes, hemos llegado al último de los ejercicios espirituales que nos propone San Ignacio en este camino de conversión hacia la unión con Dios que son los ejercicios espirituales. Y se trata de una contemplación. Es la titulada "Contemplación para alcanzar amor". Se encuentra a partir del número 230 del libro de los ejercicios espirituales.

Es una altísima contemplación del amor de Dios, el amor que Dios tiene por cada uno de nosotros para que se despierten nosotros en amor hacia Él.

San Ignacio sabe, como enseñaba Santo Tomás de Aquino, que nada mueve tanto al hombre a amar como el descubrirse amado por alguien. Aquí se trata de descubrir con los ojos de la fe, con la ayuda del Espíritu Santo, el misterio del infinito amor que Dios nos tiene para que nosotros nos movamos a amarlo a Él con todo nuestro ser.

Una originalidad de esta contemplación de San Ignacio es que él coloca antes de los preámbulos dos advertencias, dos verdades muy muy importantes que son la clave para entender la dinámica después del ejercicio, la dinámica de la contemplación. Hacen como de fundamento de la contemplación.

1º Advertencia:

La primera de esas advertencias es que dice el santo "el amor", hay que notar esto, **advertir el amor, se debe poner más en las obras que en las palabras**. Es decir, el amor auténtico, el que cuenta, no pasa tanto por decir palabras de amor, cuanto por realizar obras.

Si nosotros prestamos atención a lo largo de los ejercicios, San Ignacio nos ha ido haciendo practicar este principio, porque hasta ahora ha dicho pocas palabras de amor, ha dicho poco acerca del amor mismo. Es como si él guardara la contemplación del amor para este momento en el cual el alma supuestamente está mucho más limpia, más purificada, más llena del espíritu de Dios, de modo tal que al contemplar y al hablar del amor de Dios, de alguna manera no lo devaluemos. Y es que la palabra amor, hoy en día, y al parecer por lo que dice el santo, ha sido algo propio de todos los tiempos, está como devaluada, se llama amor a tantas cosas, que muchas veces son egoísmo, no son verdadero amor. Es como que ahora, después de que nos ha hecho hacer muchas acciones de amor, llorar nuestros pecados es una acción de amor, es el amor que se duele por haber ofendido a alguien que tanto nos ama como es Dios. Nos ha hecho, fíjense, contemplarlo a Cristo para enamorarme más de Él y animarme a seguirlo. Me ha pedido que yo vaya entregándole a Cristo todo mi ser, donación de mi ser, oblación, la oblación del reino. Me ha ido pidiendo que yo lo ame con voluntad de tercer binario, es decir, con una voluntad realmente eficaz de realizar su voluntad en mi vida. Me ha animado a que yo lo siga con la tercera manera de humildad, que es aquella que es capaz de sufrir con Cristo solo por el hecho de estar

con Cristo, de imitarlo más a Él, de unirnos más a Él. Nos hizo hacer muchos actos de amor y recién ahora nos habla de qué es el amor. Y nos dice que el amor ha de ponerse más en las obras que en las palabras.

Como decía San Juan en su primera carta, «Hijos míos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con obra y de verdad».

Sin embargo, hay una cosa más que decir acerca de esta primera advertencia tan profunda y tan fructífera para nuestra alma que nos hace San Ignacio, y es que no hay que confundirse. La intención con la que él pone esta advertencia no es solamente para que nosotros nos decidamos a amar a Dios, no solamente con propósitos que se van en palabras, sino con santidad verdadera, la que se pone por obra. Esa es también parte de la finalidad. Pero nos quedaríamos a mitad de camino si sólo lo viéramos así. Se trata de que nosotros aprendamos este principio de que el amor se pone más en las obras que en las palabras, porque es un principio que nos va a servir para descubrir nosotros cuánto Dios nos ama, el amor infinito que Dios nos tiene. Porque si bien es verdad que Dios, aunque muchos no lo crean, nos ha dicho muchísimas y hermosísimas palabras de amor hacia nosotros, si leyéramos mucho más y meditáramos más, la palabra de Dios, la Sagrada Escritura, nos encontraríamos con la cantidad de palabras hermosísimas de amor que Dios nos ha dicho a nosotros los hombres, hermosísimas de las páginas más hermosas que se han escrito. Pensemos en una parábola del Hijo Pródigo, o en todo lo que Dios le dice a su pueblo a través de los profetas. Tantas palabras de amor.

Sin embargo, el amor infinito que Dios nos tiene lo descubrimos sobre todo en las obras que él ha hecho por nosotros. Al contemplar las obras de amor que él ha hecho por nosotros quiere, san Ignacio, que nosotros descubramos, caigamos en la cuenta, se caiga el velo de nuestros ojos y descubramos esa verdad tan transformante de nuestra alma que nos llena tanto de gozo, que nos colma tanto y es caer en la cuenta de que tenemos un Dios que nos ama de una manera personal e infinita. Primera advertencia entonces.

2º Advertencia:

La segunda advertencia que hace el Santo es que [231] **el amor consiste en comunicación de las dos partes, de una reciprocidad en el amor.** Es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así por el contrario el amado al amante, de manera que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas, y así el otro al otro. Es decir, que es algo propio del amor, esta reciprocidad en la donación, en la donación de todo lo que uno tiene, pero sobre todo después en la donación de la misma persona, del amante al amado y del amado al amante. En el amor auténtico hay dos partes que se aman y hay reciprocidad en el amor de amistad, es un amor siempre correspondido. Pero notar esto entonces, cuando yo amo a alguien y miren como es el amor humano, el amor entre los esposos, el amor de los padres a los hijos, de los hijos a los padres, el amor entre los amigos auténticos, siempre hay un comunicar bienes, un estar atento a lo que al otro le falta y darle de lo que uno tiene, pero no solamente donar cosas, sino donarse la misma persona. Don es, sí, pero después es la donación personal que es lo que más importa. Y lo que sabemos que a Dios más le importa de nosotros, porque él no tiene necesidad de nuestras cosas, lo que sí desea es la entrega de todo nuestro ser, de nuestra

persona a él. ¿Por qué? Porque él es amor y sabe que es eso lo que nos colma, lo que nos hace plenamente felices y es para lo que Él nos creó, para que participemos de su felicidad.

Ahora, en esta relación de amor, de amistad en que se da esta reciprocidad, hay que notar la manera totalmente original en que Dios ama. El amor de Dios es infinitamente más perfecto que el amor humano y es de otra naturaleza que el nuestro. Una de las características que tiene ese amor de Dios que se da en esa reciprocidad con nosotros es que es un amor creador. Nosotros, los seres humanos, generalmente amamos las cosas o nos enamoramos de las cosas o personas porque las descubrimos buenas. Las cosas ya estaban, nosotros las conocemos, las descubrimos, se produce el atractivo del corazón y entonces nos volcamos hacia ellas con nuestro corazón y las amamos por la bondad que las cosas ya tienen o que las personas ya tienen. El amor de Dios no es así. El amor de Dios es creador. Él, si yo encuentro bien, un bien cualquiera en una criatura, es porque Dios la amó. Dios cuando ama, crea. No es que él encuentra algo que ya es porque nada es si no es por Él. No es que encuentra algo bueno, y entonces su corazón se vuelca a él. No, no, no. Es absolutamente creador el amor de Dios y es por eso que tiene también otras dos características y que el amor de Dios siempre es primero. Nunca Dios ama porque alguien lo amó a Él, sino que Él siempre ama primero. Siempre ama primero. Como dice San Juan, que nos amó primero cuando nosotros todavía éramos enemigos de él por el pecado, hablando del amor de la redención. Pero si hablamos del amor de la creación también, lo que había primero era la nada.

Es decir, el fundamento por el cual Dios nos ama y nos da sus dones y le da su bondad a las criaturas es porque Él es infinitamente bueno. No encuentra su fundamento en algo bueno que nosotros hayamos hecho. Es creador, por eso mismo es primero y es también espontáneo. Simplemente nos ama porque Él es infinitamente bueno y porque quiere amarnos. De modo tal de que si nosotros ya conocemos el efecto del amor de Dios, es decir, nuestros bienes de creación, de redención, es porque Dios nos amó primero y espontáneamente y de una manera creadora, sacando de la nada los bienes que nos ha dado y sólo porque Él es infinitamente bueno. Para esto nos sirve entonces esta segunda advertencia, entender de que esa donación de los bienes de Dios hacia nosotros se debe a una relación personal de amante a amado que es asimétrica, que es distinta.

En cuanto que Dios nos ama a nosotros porque es un amor creador, primero, espontáneo y en cuanto nosotros le devolvemos a Él amor porque es siempre un amor creado y que no es otra cosa, el nuestro hacia Él, no es otra cosa que una respuesta tenue, ínfima a un amor infinito que nosotros hemos recibido.

Siempre nuestro amor es una respuesta a una donación de Dios y es lo que quiere San Ignacio. San Ignacio quiere que yo me anime a devolverle todo lo que Él me ha dado por amor, yo también por amor, devolvérselo a Dios. Van a ver que es parte de la dinámica de la contemplación. Entonces quiere que descubramos el amor que Dios nos tiene, un amor que se manifiesta en sus obras y que es un amor totalmente creador, gratuito, espontáneo, primero, por su infinita bondad.

Ponerse en la presencia de DiosOración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Composición de lugar:

[232] Es aquí ver cómo estoy delante de Dios nuestro Señor, de los ángeles, de los santos interpelantes por mí .

Fíjense, me hace ponerme delante de la corte celestial como lo ha hecho en otros momentos. Lo ha hecho en momentos en que me pedía que yo tome decisiones muy conscientes ante Dios, como en el llamado del reino o en la meditación de los tres binarios de hombres. Que yo me pusiera bien delante de Dios en conciencia, ante la mirada de toda la corte celestial y reconociera cuál era el estado real de mi voluntad con respecto al seguimiento de Cristo. Aquí tiene una finalidad mucho más gozosa para nosotros. Quiere que nos pongamos delante de la corte celestial y sintamos el amor que baja del cielo hacia nosotros. La mirada amorosa de la santísima Trinidad, de sus ángeles que como aman a Dios no pueden menos que mirarnos también con amor porque saben lo que valemos a los ojos de Dios y de los santos. Fíjense qué hermosa figura dice. Imaginarme los santos, puedo pensar en aquellos santos a los que les tengo especial devoción, los que han sido más cercanos en mi vida, la santísima Virgen y los santos, San José, mi santo patrono, el santo de mi parroquia, interpelantes por mí. Es como que están ante Dios diciéndole "mirálo, beneficiálo, intercedemos por él". Cada Dios es una fuente de amor inagotable, pero además la corte celestial está como toda a favor mío. Quiere que yo me sienta amado por la corte celestial.

Petición:

[233] será aquí pedir conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo enteramente reconociendo pueda en todo amar y servir a su divina majestad.

Fíjense: conocimiento interno. Recuerden que "interno" significa que involucre no solamente una fría consideración de mi inteligencia, sino que involucre también mi voluntad, mi afectividad, mi sensibilidad, todo mi ser. ¿De qué? De tanto bien recibido. ¿Para qué? Para que yo enteramente reconociendo todo el bien recibido pueda en todo, ven, devolver amor, sentirme amado, descubrirme amado con los ojos de la fe, con la ayuda de la gracia para yo poder devolver amor y servicio a Dios nuestro Señor, a la divina majestad.

1º PUNTO: TRAER A LA MEMORIA TODOS LOS BENEFICIOS QUE YO HE RECIBIDO DE DIOS

[234] 1º punto. El primer punto es traer a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares, ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y cuánto me ha dado de lo que tiene y conseqüenter el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede según su ordenación divina. Y con esto reflectir, en mí mismo, considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar a la su divina majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas, así como quien ofrece afectándose mucho: Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber

y mi poseer; Vos me lo distes, a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.

Dice traer a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares. Ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y cuánto me ha dado de lo que Él tiene y consecuentemente el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede según su ordenación divina. Y con esto reflectir en mí mismo considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar a su divina majestad. Es a saber todas mis cosas y a mí mismo con ellas. Y a mí mismo con ellas.

Entonces lo primero es traer a la memoria los beneficios divinos. Fíjense, es como la contra cara de cuando San Ignacio nos hizo contemplar, meditar sobre los pecados propios. El primer punto de la consideración de los pecados propios, antes de después ponderar la malicia, la ingratitud que tenía mi pecado, era traer a la memoria mis pecados, los pecados de toda mi vida, para yo caer en la cuenta de cuánto había ofendido a Dios.

Nuestra memoria tiene como una herida que le ha producido el pecado original y es que tiende a olvidar los propios pecados y a olvidar también los beneficios de Dios.

Por orgullo dice San Agustín nosotros tendemos a quitar de nuestra mirada nuestros pecados y a tirarlo hacia las espaldas. Y como los mismos beneficios de Dios son también un reproche a la dureza de nuestro corazón, es que también evitamos muchas veces, a veces inconscientemente, ciegamente, el reconocernos y el caer en la cuenta de ellos.

San Juan de la Cruz dice que el gran pecado de nuestra memoria, el gran defecto de nuestra memoria es el olvido de los beneficios divinos. Tenemos una memoria como selectiva, una tendencia muchas veces a victimizarnos, a mirar lo que Dios no me dio, lo que yo hubiese querido tener, a mirar mis llagas, mis sufrimientos y no considerar cómo Dios me ha rodeado, me ha envuelto de su amor infinito con todos los dones que me ha dado. Es por eso que aquí tengo que hacer justicia a la bondad divina y traer a la memoria del modo más preciso y vivo posible todos los beneficios que yo he recibido. Beneficios de creación dice San Ignacio, es decir, todos los bienes que yo y la creación entera ha recibido de orden natural. Pensemos en nuestra existencia, en existir, en haber nacido, haber nacido en una familia, el haber tenido a alguien que nos ame desde la cuna. El ser humano es de tal naturaleza, es tan frágil su naturaleza, justamente por su carácter intelectual y social, su naturaleza social, que cuando nace, si no hay alguien que lo ame, que lo reciba con amor, incluso con cariño, no solo con obras frías de amor, se muere, se muere, no solo porque no tenga quien le dé de comer, quien lo proteja del frío, sino porque aún aunque le digan de comer y lo protegieran del fuego, si no le dan cariño, está estudiado, que tiende a producirse una especie de depresión, que lo lleva a una desnutrición y se muere. De modo tal que todos nosotros personas adultas que estamos haciendo estos ejercicios espirituales, ninguno de nosotros puede decir que no fue amado. Si estamos aquí es porque fuimos amados, alguien nos amó, alguna familia natural o adoptiva nos recibió.

Muchas veces a la falta de amor de los que deberían amar, Dios suple despertando ese amor en otras almas, en otras personas. Pero lo que es seguro es que si estamos aquí es porque hemos sido amados. Nadie puede decir, siendo una persona adulta, que nunca nadie lo quiso. Nadie. Está mintiendo. Porque un ser humano al que no fue amado no puede sobrevivir. Pero además ver, bueno, nuestra familia, nuestros seres queridos, nuestros padres, nuestros hermanos, son todos

un don de Dios. Un don enorme de Dios. Nuestra patria, nuestra patria chica, nuestra ciudad, nuestro pueblo, nuestro barrio, los amigos, nuestra patria, nuestra nación, todos los bienes de la naturaleza, es decir, la creación maravillosa que Dios hizo para el hombre. El hombre es el centro del universo. Para el hombre Dios hizo todas las cosas. Contemplar eso. Para el hombre Dios hizo el cielo, los astros, la naturaleza, el agua, las montañas, la nieve, el mar, todo. Contemplar la belleza de la creación y pensar que la hizo por mí. Y por mí y por mis hermanos, los demás hombres.

Luego los bienes de redención. Es decir, todos los bienes del orden sobrenatural. Sobre todo, todo lo que es la obra salvífica y redentora de Dios. Ese plan admirable que Dios fue preparando durante siglos en todo el Antiguo Testamento hasta que llegada a la plenitud de los tiempos lo ejecutó en plenitud con la encarnación del verbo. El verbo "hecho carne" vivió cada uno de sus misterios por mí, por mi salvación. Y si solo yo hubiese sido el único pecador, el único hombre pecador que existía sobre la faz de la tierra, por mí lo hubiese hecho. Y todo lo que Cristo padeció, todo lo que hemos contemplado, todo lo que Cristo padeció en su pasión, por mí. Su resurrección, por mí. Todo el orden de la gracia, el orden sacramental, la Iglesia, los apóstoles, los mártires, siglos de obras maravillosas de apostolado y de evangelización, por mí. Podemos estar horas y horas contemplando eso. Y después dice los dones particulares que a mí me dio. Porque esos dones, aunque me los dio para mí, pero también se los dio a otros. Pero hay otros dones que Él los preparó y me los dio a mí con nombre y apellido. Son sus designios providentísimos sobre mi vida. Dice santo Tomás que Dios nos cuida realmente como a hijos. Con nosotros tiene una providencia especial, no como con el resto de la creación, por la dignidad que tenemos, por ser personas humanas, por ser sus hijos. Entonces tiene una providencia especialísima que Él no delega a otro. El plan sobre mi vida lo ideó Dios y brota de su sabiduría infinita y de su amor infinito hacia mí. Entonces todo, todo está pensado con número, peso y medida. También las cruces que Dios me dio. Porque Él por la cruz me llevó a Él. La cruz es el camino para seguirlo a Él, para unirnos a Él. Todo, las gracias particulares, las inspiraciones, la vocación que me dio, los dones particulares que me dio, las personas que me concedió conocer, lo que me dio a mí de ciencia. Todos, todos los bienes particulares que Dios en su designio de amor pensó para mí. Y entonces ponderar con mucha justicia cuánto nosotros debemos darle a él.

San Antonio María Claret cuando daba en una ocasión esta meditación, ponía un ejercicio, lo agregaba dentro, que puede llegar a serles útil. Se los leo. Él decía considerar un poco viendo esto de que el amor de Dios es creador, es gratuito, por lo tanto es algo que brota de Él y Él es eterno. El tratar de representarnos la eternidad del amor con el que Dios nos ama. Y entonces él dice lo siguiente en este primer punto de considerar lo que me ha amado Dios con los bienes que me ha dado. Dice:

«Así como Dios no ha tenido jamás principio, sino que siempre ha existido en sí mismo, así su bondad y amor para contigo, alma mía, no ha tenido principio y es tan antiguo cuanto lo es el mismo Dios. Esto es eterno. Ve con tu pensamiento a los tiempos pasados desde hace dos mil años y dime ¿qué eras tú entonces, alma mía, qué eras? Una nada, una mera nada. ¿Y qué hacía entonces Dios? Él te amaba, y con aquel mismo ardor que después lo llevó a derramar su sangre por ti. Concibe ahora un tiempo antes de la creación del mundo, antes de la creación del mundo, cuando estaba sola la santísima Trinidad. Y vuelve a decirme, alma mía, qué había entonces? Nada absolutamente, ni cielo, ni tierra, ni ángeles, ni hombres, nada, una pura nada. Y entonces Dios, ¿en qué se ocupaba? Se ocupaba en amarte y te amaba tanto que por tu amor crió el cielo y la tierra.

Esta para que te sirviera de habitación en esta brevísima vida, aquel para que reinaces eternamente en la otra. Ve aún más atrás, alma mía, con tu pensamiento y engólfate en la eternidad antecedente lo más que te sea posible. Y dime, qué había entonces? Nada, sino Dios solo, infinitamente glorioso e infinitamente bienaventurado en sí y por sí mismo. Y cuál fue su ocupación en aquella inmensa eternidad? Fue, si no lo sabes, el amarte. Y no hubo un momento en que no pensáse en ti y en que no estuviese determinado a querer morir por ti y a querer hacerte participante de todos sus bienes, de todas sus riquezas y de toda su felicidad para siempre y eternamente. ¡Qué prodigio de bondad y de amor es este!»

Bueno, y ahí entonces, así como lo era negativamente en los pecados propios, aquí en este primer punto, positivamente, viendo cuánto Dios nos ha dado, que muchas veces lo sabe solo Dios y en parte nosotros nada más, muchas veces los demás no lo saben, somos nosotros los que tenemos que poner la materia de este primer punto del ejercicio. Y dice San Ignacio que no podemos menos que responder porque el amor es esa reciprocidad entregándole todo nosotros al Señor y pone aquella hermosísima oración que puede ser perfectamente una corona de estos ejercicios espirituales como la que exprese lo que deben ser nuestras disposiciones al salir de los ejercicios. Es una oración que parecida a la oblación del reino la tenemos que hacer con total conciencia, pensando bien en las palabras, deliberándolo primero, pero con sinceridad y con generosidad. Dice así:

«Tomad Señor y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo diste, a vos Señor lo torno, todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad, dadme vuestro amor y gracia que esta me basta».

Hermosísima oración, fíjense las cosas que nos invita San Ignacio a que le donemos a Dios, se las demos totalmente, nuestra libertad de las cosas más preciadas del hombre, nuestra memoria, nuestra memoria incluso con nuestros pecados, mi modo, entregarlo con confianza en las manos de Dios, mi entendimiento, mi modo de ver las cosas, mi juicio propio, mis padeceres, entregárselos y mi voluntad propia. Es lo que más cuesta entregar y después las demás cosas, mi haber y mi poseer, dame solamente tu gracia, tu auxilio y tu gracia que con ellas me bastan para poder hacer vuestro amor y gracia que esta me basta, para tener las fuerzas para realmente entregarle eso que le hemos ofrecido.

Los otros tres puntos, si bien muchas veces sucede que nos quedamos en este primer punto, pero los otros tres tienen también, son caminos muy válidos y muy eficaces para despertar el amor.

2º PUNTO: DESCUBRIR LA PRESENCIA DE DIOS EN TODAS LAS COSAS

[235] **El segundo** mirar cómo Dios habita en las criaturas, en los elementos dando ser, en las plantas vejetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender; y así en mí dándome ser, animando, sensando, y haciéndome entender; asimismo haciendo templo de mí seyendo criado a la similitud y imagen de su divina majestad; otro tanto reflitiendo en mí mismo, por el modo que está dicho en el primer punto o por otro que sintiere mejor. De la misma manera se hará sobre cada punto que se sigue.

Santo Tomás de Aquino cuando habla de cómo crece el amor, cómo crece la amistad, dice que además de reconocer esos beneficios mutuos, el sentirse amado y que despierte el amor, algo que estimula mucho el amor es la presencia del amado cerca nuestro. Es por eso que en el segundo

punto a lo que nos invita San Ignacio es a descubrir la presencia de Dios en todas las cosas. Siempre el amado quiere estar cerca del amante y cuanto más está cerca del amante más se alimenta y crece el amor.

Dice mirar cómo Dios habita en las criaturas, en todo lo que me rodea, en los elementos dando el ser, le da el ser a todas las cosas, en las plantas vegetando, en los animales sensando. Es lo que llevaba a santos como San Francisco de Asís a abrazar los árboles, a abrazar las criaturas, ese descubrir a Dios presente en todo porque Dios está presente allí donde obra y como Él les está dando a las cosas lo más íntimo que tienen que es el ser, y se lo está dando ahora conservando ahora las cosas en el ser, ahora está presente en las cosas como la causa está presente en el efecto que está produciendo, ahora está presente allí. En los animales sensando, en los hombres dándole el entender y así en mí, en mí está presente, más íntimo que nuestra propia intimidad dice san Agustín, es más íntimo a nosotros que nuestra misma intimidad.

Se reprocha: “yo en mi época de pecado te buscaba fuera y tú estabas dentro mío. Dándome el ser a mí animándome dando dándole vida a mi alma sensando y haciéndome entender y así mismo haciendo templo de mí se yendo criado a la similitud de imagen de su divina majestad”.

Soy templo de Dios hecho a su imagen y semejanza y templo por la inhabitación trinitaria que me da la gracia santificante. Dios está en mí sentirlo cerca íntimamente presente en nosotros y otro tanto reflejando en mí mismo por el modo que está dicho en el primer punto o por otro que sintiere mejor de la misma manera se hará sobre cada punto que sigue yo tengo que reflexionar y entonces yo estoy en Dios o mi corazón puesto en Dios. ¿que despierta en mí este sentir una presencia tan íntima de Dios en mí y en todo lo que me rodea? descubrirlo presente en todas las cosas si no es un impulso a yo tenerlo presente a Él, a yo estar más unido a Él a entrar más en relación íntima con Él.

3º PUNTO: CONSIDERAR CÓMO DIOS TRABAJA Y LABORA POR MÍ EN TODAS LAS COSAS.

[236] **El tercero considerar cómo Dios trabaja y labora por mí en todas cosas criadas sobre la haz de la tierra, id est, habet se ad modum laborantis. Así como en los cielos, elementos, plantas, frutos, ganados, etc., dando ser, conservando, vejetando y sensando, etc. Después reflectir en mí mismo.**

Fíjense: ver todo lo que me rodea, el universo que me rodea el universo de la naturaleza, el orden de la gracia, el orden de la sociedad, de la cultura humana, todo en todo Dios, está a través de sus causas segundas, trabajando por mí trabajando por mí, desde cuando consigo un alimento para sustentar a mi cuerpo, si estudio, si leo un libro que fue escrito por alguien a quien movió Dios por mí, si sale el sol es por mí, si a la noche aparece la luna y las estrellas y se oculta el sol es por mí, si la tierra gira es por mí, si las plantas de mi jardín crecen y brotan es por mí, en todo Dios está trabajando dice tiene un modo *modus laborandi* modo de trabajador en todas las cosas por mí y así como en los cielos elementos plantas frutos ganado etcétera dando el ser conservando, vegetando sensando etcétera, y no sólo el orden de la naturaleza, sino también en el orden de la gracia sustenta a su Iglesia por mí, hace crecer por la obra del Espíritu Santo, el Cuerpo místico de Cristo también por mí, lleva adelante con fruto infaliblemente el orden sacramental por mí, de modo tal de que cada día cuando voy a misa, ahí por el orden sacramental el sacerdote consagra el pan y el vino en el cuerpo y en la Sangre del Señor diciendo las palabras, haciendo los gestos

que el Señor le mandó, y todos los días infaliblemente se hace presente infaliblemente Jesucristo en el altar por el orden sacramental por mí, todo por mí, Dios trabajando por mí.

4º PUNTO: APRENDER A VER LA BELLEZA COMO PROCEDENTE DE DIOS

[237] **El cuarto:** mirar cómo todos los bienes y dones descienden de arriba, así como la mi medida potencia de la summa y infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc., así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etc. Después acabar reflejando en mí mismo según está dicho. Acabar con un coloquio y un Pater noster.

Fíjense como a nosotros nos puede suceder que nos detengamos en alguna criatura por la belleza la bondad que tiene aprender a ver toda bondad toda belleza que hay en las criaturas como procedentes de Dios como descienden de Dios como el calor y la luz descienden del sol como el agua desciende de una vertiente de una fuente de un glaciar o de los cielos por la lluvia pero como toda bondad que hay alrededor nuestro en nosotros o en los demás cualquier cosa que pueda producir algún tipo de atractivo procede de aquella fuente que posee esos bienes en grado infinito. Eso nos permite, por un lado darnos cuenta que llegó porque Dios lo donó, y entonces me siento amado, pero además me ayuda a no detenerme en esa belleza y en esa bondad porque del que me tengo que enamorar es de la fuente del sol del que brota esa luz y esos rayos, entonces dice “como todos los dones descienden de arriba así como la mi medida de potencia mi capacidad operativa de la suma e infinita omnipotencia de Dios, y así justicia, bondad, piedad, misericordia todo lo que yo pueda encontrar en las cosas como del sol descienden los rayos como de la fuente descienden las aguas, así todo procede de Dios”, y volver a reflexionar sobre mí mismo sobre lo que yo le tengo que dar a Dios. Amor con amor se paga, No podemos ser amados de esta manera por Dios impunemente, es decir sin que se nos pida de nuestra parte una entrega total de nosotros a Él.

Es por eso que la medida del amor a Dios es amarlo sin medida, porque a mí me amó de una manera infinita, por lo tanto yo no me puedo guardar nada. Le tengo que entregar todo por amor también, y por eso después volver a esa oración del primer punto “tomad Señor y recibid (...)”, y terminar con un Padrenuestro a nuestro Padre Celestial, que es amor, y la fuente de todos nuestros bienes.